

mismo que el de la humanidad entera, es la dicha, y para lograrla le han impuesto una ley á la que debe atenerse. Esa ley se basa en la unión de los séres que componen la humanidad. Las pasiones son las únicas que impiden esa unión, y por encima de todas las demás, la más fuerte, la peor, es el amor sensual, la voluptuosidad. Cuando el hombre haya conseguido dominar sus pasiones y con ellas la que más le domina, el amor sensual, existirá ese amor, y la humanidad, una vez cumplido su objeto, no tendrá ya razón de existir.

—¿Y hasta que llegue ese momento?...

—Tiene la humanidad una válvula de seguridad. El amor de los sentidos no es más que la señal del no cumplimiento de la ley. Mientras tanto que ese amor exista, se formará con nuevas generaciones para cumplir la ley.

Si la primera no basta, vendrán otras... hasta que se llegue al cumplimiento de esa ley... Cuando esto suceda, la humanidad dejará de ser, porque nos es imposible representarnos una vida estando el género humano en una misión perfecta.

XII

—¡Qué teoría más extraña!—exclamé.

—¿Por qué es extraña? Todas las religiones profetizan que la humanidad ha de tener un fin, y con arreglo á las conclusiones de la ciencia moderna, ese fin es también inevitable. ¿Qué tiene pues de particular que la filosofía moral presente esas mismas conclusiones? *Que aquel que pueda comprender ESTO lo comprenda*, dijo Cristo, y veo bien claro su pensamiento. Para que el hombre tenga

relaciones sexuales morales, es preciso que tenga por objeto la castidad completa. El hombre sucumbe en esa lucha y de ahí proviene el matrimonio moral; pero si el hombre, y esto precisamente es el caso de la sociedad actual, se entrega antes de que llegue ese caso al amor sexual, el matrimonio no puede ser, á pesar de sus apariencias de moralidad, más que un pretexto para la voluptuosidad, y la vida una vida completamente desprovista de sentido moral. Fué en esta última existencia en la que perecimos los dos, mi mujer y yo; en esa pretendida moral existencia á la que se llama vida de familia.

Fácilmente comprenderéis á qué extremos pueden llegar las ideas, cuando se oye tratar de miserable y ridículo lo que tiene mejor el hombre, es decir, su libertad y su celibato. La situación ideal para la mujer, ese es-

tado de pureza y de virginidad, asusta á la sociedad que se burla de él. Cuántas jóvenes sacrifican su doncella á ese Moloch que es la opinión pública y se casan con el primer advenedizo para no ser doncellas, es decir, seres superiores. Se inmolan para no quedar en esa condición de superioridad.

Hasta entonces no había comprendido que las palabras del Evangelio de que «aquél que mira á una mujer para desearla, ha cometido ya un adulterio con ella en su corazón», se pueden aplicar lo mismo á la mujer ajena que á la propia. No las había comprendido y me parecían sublimes todos los actos que ejecuté durante mi luna de miel, persuadido de que la satisfacción del deseo sensual con mi propia mujer, era lo más natural y digno del mundo. Tan bien como

yo, sabéis que el viaje de boda, la soledad en que se deja á los recién casados, con permiso de sus padres, no son ni más ni menos que una excitación al libertinaje.

No veía yo en nada de aquella cosa que fuese mala ó vergonzosa y mi luna de miel parecióme una promesa de felicidad; mas semejante esperanza pronto se desvaneció. Creo, empero, que hice todos los esfuerzos imaginables para lograrle; esos esfuerzos fueron vanos, pues cuanto más andaba en pos de la dicha, más huía ésta de mí. Durante todo ese tiempo fuí presa del malestar, de la vergüenza y del tedio, presentándose poco más tarde la tristeza y los sufrimientos.

Si no recuerdo mal, fué al tercero ó cuarto día cuando encontré triste á mi mujer, y besándola traté de inquirir lo que la sucedía; creía que no podía querer más que besos; con un

gesto hizo que me apartase y se echó á llorar, ¿por qué? No lo sabía; se encontraba mal, fatigada. La laxitud de sus nervios le reveló indudablemente la verdadera naturaleza de nuestras relaciones; pero no sabía cómo expresar sus sentimientos. La apremié haciéndola muchas preguntas, y al cabo me respondió que la inquietaba el recuerdo de su madre. No la creí y empecé á querer consolarla, sin hablarla de sus padres, no comprendiendo que éstos no eran más que un pretexto y que tenía ella el corazón oprimido. No me hizo caso y la eché en cara sus caprichos, burlándome de su tristeza. Dejó entonces de llorar y me contestó con furia, llamándome egoísta y cruel. La miré cara á cara y vi que en la suya todo revelaba furor, cólera contra mí.

¿A qué venía aquella actitud inexplicable? ¿Era posible? ¡No era la

misma mujer! Traté de calmarla y me estrellé contra una frialdad y una amargura tales, que en un momento perdí mi sangre fría y nuestra conversación degeneró en disputa.

La impresión que me produjo este primer disentiendo fué terrible, como que era la revelación del abismo que nos separaba. La satisfacción de los deseos de los sentidos mató nuestras ilusiones, y en realidad nos encontrábamos cara á cara como dos egoístas que tratan de obtener todo lo posible el uno del otro; como dos personas que no ven la una en la otra más que un instrumento de placer. Ese disentiendo fué nuestra situación constante que se manifestó en cuanto quedaron saciados nuestros sentidos, si bien no comprendí en seguida que esa frialdad y esa hostilidad fuesen en adelante nuestro estado normal, porque no tardaron en

adormecerse al despertarse nuestra voluptuosidad. Creí que se trataba de una disputilla que, una vez aplacada, no se reproduciría; empero, durante la luna de miel se presentó otro nuevo periodo de saciedad, y con éste, como no nos necesitábamos el uno al otro, una segunda cuestión que me asombró mucho más que la primera. ¿No habría sido ésta producto de la casualidad ó de una mala inteligencia? ¿O era ésto forzado, fatal?

Me asombré tanto más, cuanto que la causa fué muy insignificante. Nuvo origen en una cuestión de dinero. No era avaro, y mucho menos tratándose [de mi mujer. Recuerdo únicamente que tomó muy á mal una de mis constantes observaciones, y que imaginó estaba hecha con el propósito deliberado de dominarla por el dinero, única cosa que me hacía su-

perior á ella, lo cual era estúpido y ridículo dado su carácter y el mío. Incomodéme y la eché en cara su falta de tacto, recibiendo como respuesta algunos reproches y empezó otra vez la disputa. En su rostro, lo mismo que en su mirada y en su lenguaje, se reveló otra vez aquel odio que tanto me habían sorprendido. Antes de que me ocurriese ésto, había tenido cuestiones con mis amigos, con mis hermanos y hasta con mi padre, y jamás observé en ellos esa expresión rencorosa que tanto me sorprendiera. Pronto, sin embargo, ese rencor se ocultó tras los caprichos de nuestra voluptuosidad, y me consolé diciéndome que eran malas inteligencias que no tendrían irreparables consecuencias.

Sobrevinieron una tercera, una cuarta disputa y hube de reconocer que no se debían á malas inteligen-

cias, sino que eran producto de una situación fatal, permanente. Me fuí acostumbrando á esas escenas, y me pregunté por qué había de llevar yo, que me había casado tan esperanzado, una vida tan deplorable con mi mujer. En aquellos momentos ignoraba que lo mismo sucede en todos los matrimonios, que todos pensaban lo mismo que yo, que esa desdicha era general y que todos lo ocultaban á los demás, del mismo modo que se la disimulaban á sí mismos.

Después de haber empezado así la situación fué empeorando de día en día, agravándose cada vez más. Durante las primeras semanas ya comprendía en mi fuero interno cuál era la desgracia que sobre mí pesaba, y que no era en verdad lo que yo esperaba. Comprendí entonces que el matrimonio en vez de ser una dicha es una carga muy pesada; pero, obran-

do como todos, me lo oculté á mí mismo y á los demás, y sin el desenlace que sobrevino seguiría ocultándomelo aún. Lo que ahora me choca es que no haya acertado á explicarme en tanto tiempo la verdad acerca de mi situación, y no obstante, debía haberlo comprendido al apreciar lo fútil de los motivos que daban origen á semejantes rencillas y de los que nos acordábamos una vez apaciguada la querella.

No nos era posible dar una apariencia de razón á esa hostilidad latente que existía entre nosotros, y lo mismo que la gente joven y alegre que cuando no tiene de qué reír se ríe de su propia risa; no teniendo razones para nuestro rencor, nos odiábamos para satisfacción del rencor que llenaba nuestras almas; pero en todo esto había algo más extraordinario aun, y es, que carecíamos de

motivos para reconciliarnos. Algunas veces mediaban explicaciones, palabras, lágrimas; otras, lo recuerdo con asco, después de cambiadas las frases más duras, venían miradas tiernas, sonrisas y besos. ¡Qué horror! ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta antes de todas esas ignominias?

XIII

Tanto los hombres como las mujeres estamos, por nuestra educación, llenos de respeto hacia ese sentimiento que se llama amor. Preparado desde mi infancia para él, lo conocí durante mi juventud y no me produjo más que alegrías. Habían inculcado en mí espíritu la idea de que amar es la cosa más meritoria, la más noble y sublime del mundo. Cuando llega ese sentimiento tan deseado, el hombre se abandona; mas por desgracia

en teoría ese amor es ideal, etéreo; en la práctica algo miserable y sucio, de lo que no puede hablarse sin avergonzarse, y por algo lo hizo así la Naturaleza. Sean cuales fueran las vergüenzas y el asco que hace nacer en nuestro ánimo, nos vemos obligados á tomarle tal cual es, y hacemos cuanto está á nuestro alcance para imaginar que esa suciedad y ese horror están revestidos de una belleza sublime.

Demos su nombre á cada cosa. ¿Cuáles fueron las primeras señales de mi amor? El abandono completo á mis instintos, sin delicadeza, sin orgullo y sin tener ni siquiera en cuenta lo que podía pasar en el ánimo de mi esposa... No se me ocurrió pensar en su vida física ni en su vida moral; no comprendí tampoco de dónde provenían sus frialdades, cuando con poco trabajo lo habría adivinado,

pues eran otras tantas protestas del alma contra la bestia que amenazaba convertirse en señora absoluta y no era otra cosa. Ese rencor, ese odio era el que experimentan y divide á dos cómplices de un crimen premeditado y cometido en común. ¿No es por ventura un crimen la continuación de nuestras relaciones deshonestas, desde el primer mes en que ella estuvo en cinta?

¿Creéis que hago una digresión? Nada de eso. Todo esto es necesario para explicaros cómo llegué á cometer el asesinato de mi mujer. ¡Imbéciles! ¡Y se creen que la maté el 5 de Octubre con un cuchillo! Fué antes, mucho antes cuando lo hice, lo mismo que todos, sí, al igual que todos asesinan hoy á sus esposas. Bien sabéis que la idea más generalizada que circula por el mundo, es la de que la mujer no es ni más ni menos

que una cosa origen de placeres para el hombre y viceversa, supongo, porque no sé nada, y no hablo más que de mi propia experiencia. «El vino, las mujeres y las canciones», dicen los poetas.

¡El vino, las mujeres y las canciones! ¿Será ésto realmente verdad? Fijaos en la poesía de todas las edades, en la pintura, en la escultura, en los ligeros versos de nuestros poetas, en los Frinés, en las Venus, en todas las desnudeces, en fin, y en todas y siempre, la mujer se nos presenta como un objeto productor del placer, lo mismo en los sitios de recreo más populares que en los bailes de corte. Lo mismo en la Trouba que en la Gratchevka (1). Es una estratagema del demonio.

(1) La Trouba es un paseo de Moscou en el que está el célebre restaurant conocido por el *Ermitaje*. La Gratchevka, es un convento lindante con la calle en que se halla la Escuela de Medicina.

Ante todo, vienen los portaestandartes de la adoración de la mujer. ¡La adoran, y sin embargo no la consideran más que como un instrumento de placer, y después apareció en nuestros días el respeto á la mujer, á la que se cede su puesto y se recoge con ansia lo que deja caer, y algunos llegan hasta el extremo de reconocerlas el derecho de sufragio, el de desempeñar ciertas funciones, etc.! En el fondo las opiniones siguen siendo las mismas; la mujer no es más que un instrumento de placer y ella no lo ignora. Y esto es para ella como la esclavitud, porque ésta no es ni más ni menos que la explotación del trabajo de los unos para el goce de los demás. Si se quiere abolir la esclavitud, es preciso impedir esa explotación y hacer que sea considerada como una vergüenza y un pecado. Se han figurado que quedó abolida hoy

día, porque cambiaron las condiciones y se prohibió la venta de esclavos, y no se fijan en que, á pesar de eso, sigue subsistiendo. ¿Por qué? Porque hay siempre impulsos á la explotación que parece equitativa y buena. Y la verdad es que, desde que esta opinión se abrió paso, se encuentran hombres que, siendo más astutos y más fuertes, se dedican á explotar á los demás.

Lo mismo sucede con la emancipación de la mujer. La esclavitud de ésta consiste en que á los hombres les parece equitativo el deseo que experimentan de convertirla en instrumento de placer. Se emancipa á la mujer; se la conceden diversos derechos iguales al hombre; pero no se deja de considerarla como un sér consagrado al servicio del placer, y en ese sentido se la educa desde su infancia bajo la influencia de la opinión pública.

De este modo continúa en la humillación de la esclavitud, y el hombre sigue siendo el mismo amo, tan poco moral, tan libertino siempre. Para que semejante esclavitud se pudiese abolir, sería preciso que la opinión pública estigmatizase como la más grande de las ignominias el no ver en la mujer más que un instrumento de placer. No es en los establecimientos de enseñanza, no es en los negocios públicos en donde puede realizarse esa emancipación; es en la familia y no en las casas de tolerancia en donde se debe combatir eficazmente la prostitución. Emancipamos á la mujer en los colegios y en los negocios públicos, y no obstante, no dejamos de considerarla como instrumento de placer.

Enseñad á la mujer á conocerse, como os conocemos, y seguirá siendo un sér inferior, ó con el auxilio de

médicos poco escrupulosos, procurará no concebir y llegará á ser, no ya un animal, sino un objeto, ó bien, y éste es el caso más frecuente, será desgraciada, estará agotada, nerviosa, y no tendrá esperanza alguna de emancipación moral.

—Pero ¿por qué?—pregunté.

—A mí lo que me extraña más que nada, es que nadie quiere ver lo que salta á la vista: cosa que todos los médicos saben y que callan en vez de proclamarla en alta voz como tienen el deber de hacerlo. El hombre quiere gozar sin preocuparle la ley de la Naturaleza, los hijos. El nacimiento de éstos interrumpe el placer, y el hombre, que no ansia más que el placer, apela á todos los medios para evitar ese impedimento. No hemos llegado en este punto á lo que se hace en el resto de Europa, y especialmente en París; no conocemos el sistema

de los «dos hijos» y no hemos hallado nada, porque nada hemos buscado. Comprendemos que esos medios son malos, queremos conservar la familia, y nuestra manera de considerar es la peor.

La mujer, entre nosotros, es madre y querida al mismo tiempo, es decir, nodriza y amante á la vez, y sus fuerzas no bastan. A esto se deben las histéricas, las neuróticas y en el campo las poseídas. Y fijaos, que no me refiero á las mujeres solteras, sino á las que están al lado de sus maridos. La razón es bien clara. De ahí es donde procede la decadencia moral é intelectual de la mujer y su relajamiento. ¡Si se tuviese en cuenta el trabajo inmenso de la mujer mientras que está encinta y amamanta á sus hijos!... En su seno se desarrolla el sér que debe ser un día el continua-

dor de nuestra existencia y ocupar nuestro lugar. ¿Y quién es el que perturba la santidad de esa obra? ¿Para qué? ¡Horroriza el pensarlo! ¡Y luego hablan de la libertad de la mujer y de sus derechos! Esto es lo mismo que si se pretendiese que los antropófagos, al engordar á sus cautivos para comérselos, lo hacen para cuidar exclusivamente de su libertad y de sus derechos.

Me llamó mucho la atención esa nueva teoría.

—¿Cómo comprender todo cuanto acabáis de decir? El hombre, en las condiciones que acabáis de expresar, no podría en realidad ser el marido de su mujer más que una vez cada dos años, y el hombre...

—No puede sustraerse á esa necesidad, ¿no es verdad? Los sacerdotes de la ciencia lo han dicho, y lo creéis así. Quisiera que esos distinguidos

profetas desempeñasen el papel de esas mujeres que juzgan necesarias al hombre. ¿Qué es lo que dirían entonces? Decidle sin cesar á un hombre que el aguardiente, el tabaco ó el opio son indispensables para su vida, y acabará por creer que es verdad. De todo esto parece resultar que Dios no ha comprendido lo que hacía falta, puesto que por no haber pedido consejo á esos profetas nuestros, no supo hacer bien el mundo. Confesad que hizo muy mal.

¿Cómo salir de eso? Encarémonos con nuestros profetas, que encontrarán alguna cosa; la han encontrado ya. ¿Cuándo llegará el día en que se les echará en cara sus infamias y sus embustes? ¡Ya es tiempo! ¡Ay! Los hombres van á parar á la locura, al suicidio, y siempre por la misma razón. ¿Y cómo no ha de suceder esto?

Los animales, que al parecer se dan

cuenta de que la descendencia perpetúa la especie, siguen en esto una ley fija que el hombre es el único que no reconoce. El hombre, el rey de la Naturaleza, no tiene más que una idea: la de gozar continuamente. Para el hombre la obra maestra de la ciencia es el amor, y ese nombre del amor, es decir, de esa infamia, mata á la mitad del género humano, y á la mujer, que debía ayudarle á guiar á la humanidad hacia la justicia y hacia la dicha, la convierte, en nombre de su goce voluptuoso, en la causa de la destrucción del género humano. Y el obstáculo que en todas partes encuentra en su camino la humanidad, es la mujer. ¿Por qué? Pues siempre por esa misma razón.

XIV

Sí, el hombre es peor que la bestia, si no vive más que como hombre.

Este fué mi caso. Lo más fuerte del hecho es que yo creía llevar una vida ejemplar, porque no me dejaba arrastrar por los encantos de las otras mujeres, me creía un sujeto moral, y las escenas violentas que se sucedían entre mi mujer y yo, las atribuía exclusivamente á su carácter. Como es natural, me equivocaba, pues era como todas, como la mayoría de ellas. Su educación había sido la que imponen las exigencias de nuestra clase, parecida á la que reciben todas las jóvenes de familias ricas y tal cual debe dárselas á todas.

¡Cuántas quejas se oyen acerca de la educación de la mujer y cuántos quisieran cambiarla! Pero todo esto no son más que superfetaciones, porque la educación de la mujer debe basarse en la idea verdadera del hombre acerca del destino de la mujer. En nuestra clase, y á pesar de las

ideas que hay en su favor, es que el destino de la mujer es el de servir para el placer del hombre, y su educación es ni más ni menos que el reflejo de estas ideas. Desde su juventud no la enseñan otra cosa más que aumentar el poder de sus encantos, y por su parte, ella no tiene más que esa idea, esa preocupación. De la misma manera que la educación de las esclavas se dirigía únicamente hacia un solo objeto, el de satisfacer los caprichos de su amo; de la misma manera nuestras mujeres no reciben educación más que teniendo en cuenta un solo objeto: el de atraer á los hombres. En los dos casos no podía, no puede suceder otra cosa.

Tal vez imaginéis que esto tan sólo es cierto cuando se trata de jóvenes mal educadas á las que llamamos con desdén *señoritas*, y que hay una educación más seria, la que se da en

ciertos colegios, en los liceos en que se enseña latín, en las aulas de Medicina y en las academias. ¡Grave error! Toda la educación de la mujer, sea cual fuere esa educación, no tiene más que un objeto: atraer al hombre. Unas lo consiguen por medio de la música, otras con sus cabellos rizados, algunas con su ciencia ó su buen sentido; pero el objeto es el mismo, y no puede ser de otra manera porque no tienen más que ese.

¿Imagináis á las mujeres adquiriendo en la Academia la ciencia aparte de los hombres, es decir, á las mujeres haciéndose sabias sin que los hombres lo sepan? Es imposible que esto suceda. No hay educación, no hay instrucción que pueda cambiar nada; mientras que el ideal de la mujer sea el casamiento, no la virginidad y la liberación de los sentidos, la mujer será siempre una esclava. No hay

más que ver las condiciones en las que se educan las jóvenes de nuestra clase, y no quiero generalizar para no quedarme no menos sorprendido ante el desorden de las mujeres de la clase elevada que ante la moderación misma de ese desorden.

Fijáos bien: desde que llegan á la adolescencia no las preocupa más que una cosa: el traje y sus adornos. No hay para ellas más ocupaciones que los cuidados que han de dar á su cuerpo; el baile, la música, la poesía, las novelas, el canto, los teatros, los conciertos, y á todo esto podéis añadir una ociosidad física completa, una indolencia general y una alimentación agradable y nutritiva. Es porque nos lo ocultan por lo que ignoramos los sufrimientos que hace sufrir á las jóvenes la excitación de los sentidos. De cada diez, nueve se atormentan más de lo que se sospecha en

la primera época de su pubertad, y más adelante mucho más, si no se casan antes de los veinte años. Cerramos los ojos para no ver esas cosas, pero aquellos que quieren tenerlos bien abiertos, se dan cuenta de que su excitación llega hasta ese punto por una sensualidad contenida (y es una dicha cuando esa sensualidad se contiene), y no son capaces de nada si no se hallan en presencia del hombre. Los cuidados que impone la coquetería y esta misma llenan toda su existencia. En presencia del hombre exageran su vivacidad, despiértanse los sentidos, y alejado aquél, la energía se embota y desaparece la vida. Y tened presente que esto no sucede en presencia de un hombre determinado, sino en la de cualquiera, con tal que no sea un tipo repugnante.

Me diréis que esto es la excepción,

no es la regla. Lo que hay es que en unas resalta más que en otras; pero ninguna tiene vida propia independiente del hombre. Cuando éste les falta, todas se aprestan á la conquista, y no puede ser de otra manera, porque su bello ideal es el de atraer el mayor número posible de hombres. Todos los sentimientos femeniles se concentran en esa vanidad, no de mujer, sino de hembra, que procura atraer á su alrededor el mayor número posible de machos para escoger mejor en seguida. Y esto sucede lo mismo tratándose de mujeres casadas que de solteras. En éstas es necesario para poder elegir, y en las primeras como un medio de dominar mejor al marido.

Una sola cosa interrumpe esta clase de vida, y son los hijos, con la condición de que la mujer tenga salud y los amamante ella misma. Y en

ésto vuelven á presentarse los médicos. Mi mujer, que quería dar el pecho á sus hijos, cayó enferma al dar á luz el primero, pero pudo criar á los otros cinco. Los médicos la desnudaron cínicamente, le palparon todo el cuerpo, y yo, agradecido, tuve que pagarles muy bien y á más darles las gracias, y declararon que no podía criar. De este modo quedó privada, desde el principio, de la única cosa que podía distraerla de la coquetería. Tomamos un ama y nos convertimos en explotadores de la pobreza, de la necesidad y de la ignorancia de una mujer, la robamos á su propio hijo, privándole de su alimento para que lo diese al nuestro, y satisfechos, la engalanamos con muchas cofias y galones de plata. No es de ésto, sin embargo, de lo que se trata. Lo que quería decir es que esa libertad momentánea despertó en mi mu-

jer, pero con nueva fuerza, la coquería femenina un tanto adormecida durante el periodo que precedió. Entonces aparecieron en mí unos celos tales; cuales jamás sospechara la existencia. ¡Dios mío! ¡Qué sufrimientos! Aparte de que éstos son comunes á todos los maridos que viven como yo vivía con mi mujer, esto es, sin apelar al adulterio.

XV

¡Los celos! Ahí tenéis otro secreto de la vida conyugal, secreto que todo el mundo conoce y que todos ocultan. Al lado del mutuo rencor de los esposos, que proviene de su común envilecimiento y de muchas otras causas, los celos mutuos son uno de los orígenes de las escenas violentas que con mucha frecuencia se desarrollan en los hogares, pero como de co-

mún acuerdo se dice que debe ocultarse, todo se oculta. Todos ven en eso una desgracia personal que les apena y no un destino que es común. Esto fué precisamente lo que me sucedió. Los celos deben existir entre dos esposos que viven inmoralmente. Si no pueden acallarlos en favor de su hijo, se deduce que jamás podrán sacrificarlos en beneficio de la mutua paz y tranquilidad, porque se puede pecar en secreto, pero en provecho de la propia conciencia. Ambos saben que no hay, ni para el uno ni para el otro, obstáculos morales que se opongan á la consumación de una infidelidad, y lo saben porque ellos mismos violan todos los días y en sus relaciones recíprocas los principios de la moral, y de ahí la desconfianza mutua y la vigilancia del uno para con el otro.

¡Qué cosa más terrible son los ce-